

Obituario de San Alonso Rodríguez

Tomado de las Cartas anuas del Colegio de Montesión
del año 1617, fols. 160 a 162

(Transcripción y traducción: Luis Tomás Sánchez del Río Sierra, SJ)

Introducción.

Vengo ya a lo que en esta carta debiera haber ocupado el puesto principal, aunque por razones de redacción se ha reservado a este lugar: la felicísima muerte del Hermano Alonso Rodríguez, para nosotros portero de la casa, para los de fuera, verdaderamente memorable. De tal manera fue excelente en todas las virtudes que parecería requerir más amplitud tanto para sus cosas y para la narración de su muerte que lo que esta carta va a permitir.

Origen, admisión en la Compañía de Jesús y destino a Mallorca.

Castellano de nación, su patria era Segovia. Dejado el solar patrio, vino a Valencia, al parecer, para seguir estudios. En esta ciudad, dedicado, durante aproximadamente dos años, a las humanidades, destacado por la integridad de sus costumbres, por divina inspiración, como la realidad demostró, pidió ser admitido en la Compañía, donde se le recibió para ocuparse en los oficios domésticos en el colegio de Valencia, desde donde, pronto, fue enviado a la Isla de Mallorca, para gran bien de la misma.

Obediencia.

Era ya cuadragenario, pero muy deseoso y sediento de aprovechar, no tanto llamado por Dios como un don para que en la Compañía, con un corazón dispuesto, se hiciera excelente en la virtud, cuanto para que con su ejemplo promoviese en los demás la perfección religiosa. Porque, desde que entró en la Compañía, nada se propuso antes que despojarse enteramente del propio afecto, y seguir completamente en todas las cosas a los que reconocía como superiores e intérpretes. Precisamente por este camino, fue elevado por la gracia a la perfección religiosa, y llegó a ser el claro varón que los padres sospechaban y los siguientes admiraron. De tal manera se ajustaba a la voluntad de sus prepositos y dependía de sus indicaciones, que recibía cualquier mandato como la voz de Dios. [160]

Obediencia ciega.

Brilló en él, sobre todo, aquella sabia, y santa obediencia ciega, necesidad tan característica, recomendada por nuestro Beato Padre Ignacio a nuestros hombres como especial e insigne en la Compañía.

Mandado una vez en virtud de la adorada obediencia, por su superior, que marchase a las Indias, sin coger siquiera el manteo, se dirigió a la puerta. Por lo demás, anulada la orden por el mismo superior, con la misma sinceridad desistió del primer mandato recibido. Al preguntarle después, cómo debía aconsejarse para tan difícil expedición sin compañía, sin naves, sin unas cartas, terminante y seriamente respondió que, confiando en el mandato de la santa obediencia, no faltaría nave para tan santa causa; y si no había barco, con toda confianza en la providencia, se enfrentaría al mar sin temor.

Un día de fiesta, estaba oyendo el sermón en la galería, del lado del púlpito, en nuestra iglesia. Llegando el Padre Rector, Alonso según su costumbre se levantó de su asiento; ‘no se mueva’ dijo el Rector amablemente. Parece admirable, se mantuvo allí sentado dos horas, fiel a cumplir enteramente el mandato, hasta la hora de la comida de comunidad; cuando se le echó en falta y se le buscó, no aparecía en ningún sitio; se le encontró en el mismo sitio donde había oído el sermón. Mandado, fue seguida al comedor, con el manteo y sin cubrir la cabeza, como estaba. Sería muy largo contar uno por uno los singulares ejemplos. Sobre esta obediencia se podría decir escuetamente que aunque no concuerda con la prudencia humana, era congruente con el orante que era Alonso.

Penitencia.

Con un ardor semejante se daba a la penitencia, y su respuesta estaba marcada por la prontitud. Afligía su cuerpo con empeño en ayunos, cilicios o disciplinas y todo género de castigos; ni siquiera al final, estando enfermo a lo largo de un año, dejó de disciplinarse tres o cuatro veces a la semana, hasta que sólo las dejó al faltarle completamente las fuerzas. Además reprimía las propensiones naturales y las conveniencias, abrazando todo aquello que rechaza la flojera o aquello que repugna; como cuando él mismo estando restablecido, y todavía molesto, consideraba satisfactorio cualquier aumento del castigo en el cuerpo o en el ánimo.

Pobreza.

Amaba la pobreza como madre y se alegraba en primer lugar de trajes despreciables; nunca mostró satisfacción de cualquier cosa que pudiera parecer más elegante o más fina. Se había impuesto leyes bastante severas de austeridad; no considerar propia ninguna de las más pequeñas cosas de la casa; no se atrevería a cortar una flor, si no se le había permitido expresamente por los superiores. Estaba tan apartado de los intercambios de las pequeñas cosas, cuanto convenía a quien había puesto todos sus cuidados y pensamientos en los bienes eternos.

Desprecio de sí.

En el desprecio de sí, se superaba a sí mismo. Estando tan adornado por Dios de dones tan excelentes, se consideraba el más pequeño, el más despreciable de cuan-

tos hubiera en el mundo, como un perro muerto; y no deja de admirar cómo nos afectaba a aquellos que nos atrevíamos a tratar con él, es decir, con un hombre tan esforzado. Libre de culpa grave trasladado de estas penas al cielo; cómo lloraba con lamentos asiduos: fuerza tienen de verdad, aquellas palabras de San Gregorio, ‘los elegidos se consideran indignos, y casi sólo ellos no ven su bondad; con lo que ven en sí, son ejemplo para todos’. De aquí procedían aquellas singulares y nunca vistas injurias y fatigas que, durante cuarenta años, sobrellevaba ostensiblemente; y que durante todo ese tiempo ni para los más atentos y más lince observadores representaban ni el mínimo signo de su indignidad, ya que, según él decía, nada tan grande y adverso se podría pensar que no merecieran sus faltas.

Dominio de la vista y silencio.

Fue siempre esforzado en la custodia cuidadosísima de sus sentidos. Fue portero durante más de treinta años; nunca miró al rostro de una mujer; sin embargo se dolió y lloró abundantemente porque una vez, por imprudencia, levanto los ojos a una carroza que pasaba y que llevaba a algunas mujeres. El silencio lo guardó siempre religiosamente, y nunca tuvo conversación con otros sino era sobre cosas pequeñas, o que tocaban al provecho espiritual; acostumbrado a escuchar adormilado cualesquiera otras conversaciones.

Oración.

Daba todos los días muchas horas a la oración, y esto sin testigos, dedicado plenamente al Señor. La asiduidad en la oración no se interrumpía por las ocupaciones ordinarias; lo que hubiera de hacer, sobre todo sus tareas domésticas, o la atención a otras cosas externas, ni disipaban las fuerzas espirituales, ni eran impedimento para que su mente estuviera tranquilamente con Dios. Acostumbraba a acomodarse a ellas más que a renunciar a su presencia de Dios.

Devoción a los ángeles.

Con frecuencia conoció por inspiración divina muchas cosas sobre los moradores del cielo y sobre los Ángeles con los que se relacionaba con toda familiaridad; y de entre ellos, los veinticuatro, a los que por otras tantas horas del día y de la noche, saludaba y veneraba con especial culto. Esta laudable costumbre, de tal manera mantuvo férreamente, que a cada una de las horas de la noche, sin problema, interrumpía el sueño para satisfacer su piedad. De lo que obtuvo no poco fruto. Aunque, en otras muchas cosas de este género, aun siendo ciertamente importantes, los ángeles no quisieran corregir a Alonso. Estando en cierta ocasión retirado en la mente y en el corazón en las cosas inferiores, de una manera tan clara se hizo patente la reunión de todos los celestes, que conoció el nombre y muchas cosas de cada uno de ellos, como si, insistiendo, obtuviese una prolongada amistad de todos.

Escritos espirituales.

De esta tan apreciada familiaridad con Dios y con los ángeles, obtuvo una noticia tan perfecta de las cosas espirituales, que dejó, escritos de su mano, muchos y notables volúmenes, en nada inferiores a los de otros autores espirituales. [161]

Devoción a Jesús y María.

Unido con Cristo nuestro Señor y con la Bienaventurada Virgen, Alonso era tan familiar con ellos que se ponía bajo su protección, tenía gratísimos diálogos, y ellos le acompañaban en sus trabajos; se dignaron atenderle caminante, enjugando con un paño su rostro sudoroso; él con su ánimo plenamente entregado, se mostraba indigno de tantos y tan grandes beneficios. Con respetuosa palabra llamaba a JESÚS Y MARÍA sus amores y delicias, y de tal manera los amaba con empeño, que de ninguna otra cosa hablaba con más gusto que de JESÚS Y MARÍA, poniendo en ello una particular afición y veneración. Recitaba, con amor, en memoria, - tan grata para él -, de la Bienaventurada Virgen, sobrecogido por el ímpetu de su amor: ‘Oh Señora mía, - decía -, oh Madre mía, más amada por mí, que a mí mismo. He dicho bien poco; más amada por mí que yo por Ti’. Movida por su amor, se hizo presente al piadoso insensato, inmediatamente la indulgente Madre, y sonriente, rebosante ella y superabundante del afecto de piedad, reprimió con una suave crítica: ‘Eso no, te equivocas, más te amo yo a ti, Alonso, que tú a mí’.

Oración y acción apostólica.

De este grandísimo amor a Cristo y a su Madre, nacía su eximia caridad hacia los prójimos. Es difícil decir cuan ardiente era su sed por la salvación de las almas. Se la pedía a Dios con intensísimo ahínco; por ella con frecuencia, varón lleno de caridad apostólica, se ofrecía a Dios en la oración dispuesto a recibir el martirio; no se puede por otra parte dudar que más hacía Alonso, orando, en defensa de las almas, que quienes entre el polvo y la arena se emplean mano a mano en el servicio apostólico. Por otra parte, consta que con su ayuda muchos se incorporaron a la vida religiosa, muchos también ayudados a recoger el mejor fruto, para lo que no fue de poca importancia aquella voluntaria compañía, y grata humanidad de aquellos a quienes animaba muy unidos por apretados vínculos de benevolencia y... ahora basta ya. Si hubiera que recordar todas las cosas, se retrasaría en exceso el final de esta narración. Pero, para terminar, vale la pena afirmar: que al cúmulo de alabanzas de todas sus virtudes, como ejemplar de perfección religiosa, teniendo en cuenta a todos, parece que fueron los ‘nuestros’ los que pudieron obtener, dado por Dios, el mayor provecho. Se omite, sin embargo, la historia de tantas cosas que no son tan peculiares.

Enfermedad y muerte.

Finalmente es valioso recordar algunas pocas cosas de su última enfermedad y muerte.

Con este ritmo de vida, al cumplirse sus ochenta y siete años, quiso la divina Bondad, después de una bastante larga prueba y experiencia de tan diversas cosas, llamar a su siervo de estas miserias, al premio de la felicidad eterna. Pero cuanto más preciosa habría de ser la corona, tanto más habría de crecer la paciencia en la espera, hasta la cosecha de los gozos celestiales. Tan limpios quiere Dios a los suyos que han de ser recibidos en el grupo de los bienaventurados, que había sostenido a Alonso, desde que había venido a este Colegio, en una asidua victoria frente a gravísimas fatigas, agitado cruelmente por un demonio ciego: muy debilitado por la maceración de la carne y la intensa oración. En estos últimos años de su vida, lo había llevado con mayor vehemencia. Durante un año sentado y en los tres últimos meses acostado de un lado, hasta llegar finalmente a no valerse. En este tiempo, además de las molestias propias de la vejez, fue afligido increíblemente con fuertes dolores y cálculos. Pero cuanto la severidad de los dolores trituraba su débil y empequeñecido cuerpo, tanto su increíble ánimo exultaba, deseando entre tanto fatigas y cuando apenas había parte sana, pedía insistentemente a Dios mayores dolores. En su boca había a menudo queja por el excesivo trabajo de todos los de la casa que se preocupaban en exceso de su salud, a quien él, sin embargo, consideraba como un perro muerto de quien en tumulto debían apartar la vista y al que debían aborrecer. Y ciertamente no es admirable que Alonso que con tanto ardor se había inflamado en la aceptación del dolor y el tormento, había sido divinamente instruido, en la paciencia y en la tolerancia a las que consideraba una ganancia. Aseveraba que con nadie actuaba Dios tan preclaramente como con aquel al que ejercitaba en duros trabajos. De esa manera había actuado el Eterno Padre con Cristo y ninguna otra cosa nos dirían todos los moradores del cielo si pudiesen, que sólo se triunfa con la capacidad de sobrellevar las adversidades. Esto decía frecuentemente en conversación familiar, y con un gusto no menor del que tienen los que buscan incrementar honores y riqueza: aunque la solidísima dulzura de la contemplación divina, a la que no afecta ningún mordiente dolor, parecería que eliminaba cualquier molestia. Estaba con todas las fuerzas de su alma, absorto en Dios; mientras tenía agradabilísima conversación con los dulcísimos, como él decía, sus amores JESÚS Y MARÍA. Aliviaba sobre todo al enfermo la participación en la Sagrada Eucaristía, que recibía tres veces por semana, mientras estuvo en condición de hacerlo. Finalmente, cuando agravándose la enfermedad, fuera ungido con el óleo sagrado de los enfermos, privado ya de los sentidos, estuvo en un profundísimo exceso, durante tres días; transcurridos los cuales, todos los de casa con lágrimas en los ojos, por el anuncio del Padre Rector, de que su situación indicaba su próximo ocaso, que se precipitó cuando el sacerdote le acercó el crucifijo, reaccionando él finalmente como despertando de un profundo sueño, abrió los ojos, con el rostro iluminado con un cierto rubor vital, siendo antes su aspecto exangüe, besados religiosamente los pies del crucificado, y suavísimamente invocado el nombre de Jesús, expiró plácidamente.